

CARLOS G. AMEZAGA.

Poema indefinido.

(Ilustraciones de Julio Gálvez.)

Á HERNÁN VELARDE.

I.

No conocen ustedes á don Pancho,
el viejo coronel *indefinido*,
cuya nariz de gancho,
cuyo gabán raído
le hacen aparecer en los portales
como el menos feliz de los mortales?...

Pues, su azarosa vida,
su angustiada existencia,
á relataros voy...es divertida;
aunque, verter os haga, ella, en conciencia,
lágrimas de dolor por sus dolores,
os arranque suspiros por sus hambres,
ú os dé fieros calambres
penetrando al hogar de sus amores.



II.

Don Francisco es valiente.
Ponce de León y Bravo, se titula,
y tuvo un ascendiente
que fué terror de la morisca gente
peleando en la Alpujarra, en una mula.
No es que yo le denigre,
pero, al sentir desesperante guía,
Ponce más que de León, más que de mula,
Ponce de León es ya Ponce de Tigre...

Clama contra el Gobierno,
contra las leyes clama,
y echando todo á un cuerno,
para que arme las luchas del infierno
al *Soberano Pueblo* á gritos llama.

III.

El buen *indefinido*
es casado y con hijos. ¡Era dable
que se muriese sólo, un atrevido
militar que ha teñido
en sangre de conejos ya su sable?

Gente hay tan miserable,
que con nadie comparte su miseria...
Egoistas de páupera vigilia,
la gracia es tener hambre, con familia!
La gracia es con más frío que en Siberia,
entonar la canción, pura, armoniosa,
de cuando nada masean los carrillos,
á duo con la suegra ó con la esposa,
entre un desnudo coro de chiquillos!



IV.

Bajo aqueste respecto,
Don Francisco es artista, y muy correcto.
En un sí, de jamón, está diez horas,
y estaría diez meses,
si no existiesen almas bienhechoras
que vieran por sus pobres intereses.

Así, de cuando en cuando,
hay quien al verle en tan infame vida
con su esposa Gertrudis patealeando,
le preste algún dinero,
ó una carta le dé la más sentida,
á fin de que el *Cajero*,
mirando el acordeón de su sombrero,
le pague una pensión de indefinida.

V.

Tres los caros retoños
de mi don Pancho son: tres basiliscos
que andan como las cabras por los riscos;
que se tiran los moños,
que aburriendo sin tregua al vecindario,
recorren las aceras
en acecho de cándidas fruteras
á quienes armar pleito y robo diario.

Pero, Clara, la niña
á quien llaman la perla de la casa,
es algo que está en riña
con todo lo infernal que en ella pasa;
algo, como una flor en el desierto,
como un lindo *chalet* en pampa rasa,
como en cielo de hollín nube de gasa,
como un rayo de sol en ojo tuerto.

VI.

Clarita es la limeña
más limeña nacida en estos trigos.
En su cara risueña
el nombre aun no diseña
del frescor esos rasgos enemigos.
Trece años de miseria y pesadumbre
la mamá le atribuye, y, sin ser lince,
atenta la costumbre
de todas las mamás, con certidumbre
ya podemos decir que tiene quince.

Morenita graciosa,
de ojos vivos y labios color rosa,
por su gentil hablar, luce, descuella;
siendo de creer también, por ley forzosa,
como en sus quince abrilés, en que es bella.

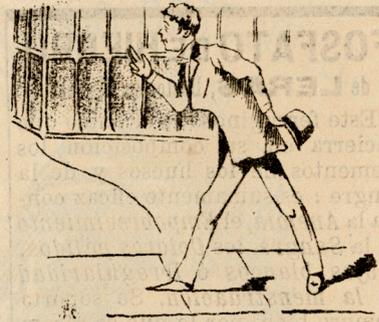


VII.

En el barrio, Clarita es perseguida
por varios dependientes y estudiantes
que se pasan la vida
en ronda entretenida
con humos de hombres serios ó de amantes.

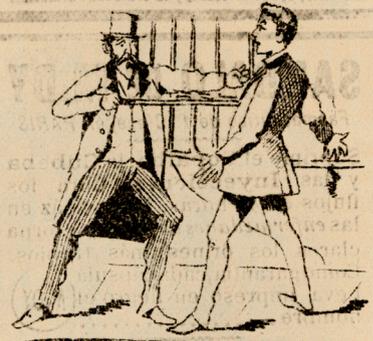
A sus dichos galantes,
Ella responde tras persianas viejas,
con risa que parece por lo suave,
el gorgojo del ave
prisionera feliz entre sus rejías.

Ya furibundo ha visto
Don Pancho, en la ventana, á esos tenorios,
y ha jurado por Cristo,
romperle las costillas al más listo
que se ande allí con muchos requilorios.



VIII.

Una tarde funesta
en que el *indefinido* vuelve á casa
no creyendo encontrar la mesa puesta;
tarde en la que traspasa
los límites su hambrienta calentura,
distingue la figura
de cierto pretendiente que se agita
al pié de la ventana de Clarita
hablándole de amor con gran ternura...
No de más necesita
nuestro hombre, y sobre el pobre enamorado
caer deja el garrote
hundiéndole el sombrero hasta el cogote,
á tiempo que le grita:—Soy soldado,
y aunque se me maltrata,
para usted y el Ministro que es un zote,
tengo dos brazos buenos y una pata!



IX.

Después de la sorpresa,
el agredido mozo, abre la boca
y dice saludando á la burguesa:
—Usted con algún otro me equivoca.
Mi nombre es Silvio Coca
farmacéutico antiguo de la «Inglesa.»
Con ojos tamañazos
Don Pancho le ve entonces y replica:
—Sí, le conozco á U.; venga á mis brazos
y acaben buenamente estos porrazos,
en mi casa, en la fonda, ó la botica.
—Sea amigo en el «Loro.»—
concluye el boticario con presteza,
murmurando al rascarse la cabeza:
Esto y aún más haré por la que adoro!



X.

La casa del rabioso pensionista
consta de dos viviendas, tap aseadas,
que nada hay á la vista
que no sea escobadas.
Los muebles, lujo son desconocido
para un *indefinido*.
Don Pancho, pues, reduce su menaje,
á un mal catre de lona,
á una mesa—que al uso haciendo ultraje
para servir de cama se arrinconan
por los chicos, después de la comida,—
y á un sofá destripado en que procura
dormir, Clara, la niña pretendida
de tanto pretendiente sin ventura.

Alguna vez, la hermosa
lanzando una mirada distraída
sobre la estancia aquella en que reposa,
se ha formado esta idea:
¿No vale más ser fea
y rica y adulada, y poderosa?

XI.

Ante tal pensamiento,
suele también lanzarse á la ventana,
como si en un momento,
suerte ya no tirana,
le obsequiara en la calle ¡qué alborozo!
un novio rico, joven y buen mozo...

Pronto, lo extraordinario
de un hallazgo como ese, da al olvido,
y escucha en su defecto... ¡á un boticario!

Que del conjunto vario
de amantes que la rodan al descuido,
con su pelo castaño y ojos verdes,
ese buen Silvio Coca,
dada una marital, lucha tan loca,
es el que avanza más en gana—pierdes.



XII.

Quiere Silvio casarse... cosa rara
en estos tiempos de virtud hechiza,
que la vida moral cuesta tan cara,
y en los que, se bautiza
al pobre que se casa, de *torero*,
por el valor que luce, á lo que infiero.

Su tío Don Facundo,
ricacho de provincia, hombre de mundo,
hale hecho ya en brevísimos renglones,
á Coca, las siguientes reflexiones:

—Tú, con cincuenta pesos
“al mar quieres lanzarte, proceloso,
“donde tantos se ahogaron?... ¡oh! qué excesos
“no comete el amor!... Naufrago esposo
“ya te verás mañana
“con la que es hoy tu novia, perseguido
“de tiburones mil. La carne humana
“en todo tiempo ha sido
“por lógicas razones,
“el manjar de los ricos tiburones.....
“Y del cetaceo horrible,
“en mar no bonancible,
“el peligro es mayor sobrino amado.....
“Ve, que yo fui casado,

“muy joven, muy sensible,
“y ante una marejada de pobreza,
“quedé solito en Ica,
“mientras Juana, perdida la cabeza,
“apareció merced á la ternera
“de un *gringo* tiburón, por Costa Rica....
“Sobrino: aunque dichoso como pocos
“del peligro que apunto libre fueras,
“¿no es triste que entre babas y entre mocos,
“gastes, cual tantos locos,
“todo tu sueldecito en mamaderas.....?”

XIII.

Pero, nadie en la vida
oye consejos, cuando el alma herida
está de un grande amor. Silvio se engancha
del brazo de su suegro, y en la fonda
tómase la revancha
sin que su gran placer al viejo esconda.
Pide huevos y vino,
y, preparando un *punch* óyele atento
este razonamiento
que le saca de tino.

—Es usted farmacéutico?... Qué gloria!
Vale más que la mía, su carrera.
Algunos boticarios en la Historia,
se han distinguido mucho... á su manera...
—Señor, nuestra humildad...

—Bah, bah... tontera
ó modestia de U... Cuántas naciones
de la sajona raza ó la latina,
deben más al sulfato de quinina
que á la fiebre de grandes Napoleones!

Y ya que le hablo á U. de estas cuestiones,
siento aquí, en el estómago, un calambre...
Necesito un veneno! y mil perdones
—Lo quiere usted para matar ratones?
—No; no señor: para matar el hambre!



XIV.

Al fin de la comida,
Silvio á Don Pancho su pasión declara,
y de éste obtiene para ver á Clara,
también, una *licencia indefinida*,

Vuelven los dos á casa, y entre llanto,
se arregla el matrimonio de la bella,
viendo, no sin espanto,
el novio, á la mujer que quiere tanto,
á la luz que sostiene una botella.

Doña Gertrudis llora,
y llora de alegría
pues su hija, tendrá al fin, por quien la adora,
vestidos de señora
que estén del nuevo estado en armonía.

En su fruición intensa,
abraza la *mamita* al boticario
que se da al enemigo, sin defensa.
y aun juzgá dicha intensa
de tal suegra el cariño extraordinario.



XV.

La misera familia
que en constante vigilia
tanto tiempo vivió, pensando ahora
está en la envidia horrible, matadora,
de Carmen y de Emilia.
las vecinas del frente, esas coquetas
tan viejas, tan pintadas,
que no han logrado haciendo morisquetas
cambiar de Silvio Coca las miradas.

Celébrase el gran triunfo sobre muchas
igualmente jamonas ó flacuchas,
que en el barrio se están con sus prendido
á pesca de maridos
cada día más raros que las truchas.

XVI.

Pero, nada ha alegrado
á la pobre familia, cual la nueva
de que el tío de Silvio, hoy diputado,
á Don Francisco Ponce ha destinado,
por favor de un Ministro. Hermosa leva
de color de aceituna,
luce altivo en la calle, Don Francisco.

Tres sueldos... qué fortuna
para el que antes sufriendo hambre perruna
á todo ojos echó de basilisco!

No habla contra el Gobierno,
contra las leyes justas ya no clama
ni enviando todo á un cuerno,
para que arne las luchas del infierno
al *Soberano Pueblo* á gritos llama.

Hoy, con cigarro en boca,
habla de orden, de paz, de garantías;
de la revuelta loca
que al Perú ha maltratado en otros días...

Ya servido se ve de mamelucos
en la agreste provincia que le han dado,
pues este *indefinido* antes finado,
estodo un sub prefecto... ¡de *Conchucos!* (I)



(I) Provincia peruana de las más apartadas.